

La epizootia de Virgilio

Christiane Voigt

J. Pablo Figueroa Z.

Instituto de Filosofía

Facultad de Humanidades y Educación

Introducción

Esta no es la primera vez en la historia en que la Humanidad se ha visto enfrentada a lo que hoy denominamos “pandemia”. Desde antiguo hemos sabido del azote de pestes y epidemias de los más diversos tipos. Recodemos el relato de las plagas de Egipto que hace el Libro del Éxodo, de la peste de Atenas, de la peste negra y aún de la gripe española de inicios del siglo XX, por sólo citar algunos ejemplos.

A veces la epidemia se cierne sobre el ser humano mismo, como ocurre con el conocido coronavirus. En otros casos, en cambio, ésta le afecta de una manera menos directa, volcándose sobre sus condiciones materiales de vida, que son también las que sostienen la existencia de un pueblo, por ejemplo, infectando a los ganados y a otros animales que de ordinario viven a su lado y que le sirven de compañía y de alimento.

Tal fue el caso de la peste que, según nos relata Virgilio al final del tercer libro de sus Geórgicas (III, vv. 474 - 566), azotó a los animales en la Nórica, provincia romana situada en parte de lo que hoy es Austria, el sur de Alemania (Baviera) y el litoral de Eslovenia en el norte del Mar Adriático.

A tales pestes y pandemias se les denomina genéricamente epizootias, males que afectan a una o varias especies de animales por una causa general y transitoria, y que equivalen a las epidemias en el ser humano. Un caso tal lo constituye la llamada “fiebre aftosa”, por ejemplo, que afecta al ganado bovino, porcino, ovino, etc.

El relato de la peste nórica y de sus efectos devastadores sirven al mayor poeta romano para la transmisión de un mensaje positivo de esperanza, contrariamente a lo que se puede suponer leyéndolo fuera de su contexto. De hecho, el arte de Virgilio se observa en la composición del

poema acerca de la agricultura en cuatro libros de forma descendente. El primer libro del poema didascálico — es decir, poema que enseña algo científico o práctico — trata de las labores del campo, el segundo del cultivo de los árboles, el tercero de la ganadería, y finalmente el cuarto aborda el tema de la apicultura. Resulta que la actividad humana está cada vez menos presente, mientras aumenta la potencia de la naturaleza.

Cada uno de los cuatro libros termina con una digresión, que es una especie de texto dentro del mismo. El primero con el relato de las guerras civiles que marcaron fuertemente la vida de Virgilio; el segundo con un elogio de la vida rural en una marcada oposición a las costumbres degeneradas de Roma; el tercero con la ya mencionada epizootia y el último con la historia de Aristeo y sus abejas.

Contrariamente a Lucrecio, quien cierra su poema *De rerum natura* (Acerca de la naturaleza de las cosas) con el relato de la peste que azotó a Atenas, Virgilio prefiere poner énfasis en la idea del renacer, de la vida y de la creación, describiendo la capacidad maravillosa de las abejas de poder nacer de la descomposición de un cadáver bovino, un evento llamado bugonía que significa “la creación de los bueyes”, es decir “la creación a partir o desde los bueyes”. El pastor Aristeas, un personaje mítico y un gran civilizador, había perdido sus abejas por una epidemia (*amissis, ut fama, apibus morboque fameque* “habiendo perdido sus abejas, como se cuenta, por la enfermedad y la hambruna” IV, 318). Virgilio encaja en el relato de las abejas de Aristeas la historia de Orfeo, quien perdió a Eurídice por haber osado mirar hacia atrás, según una técnica poética griega propia de la escuela sofisticada de Alejandría.

Ambos protagonistas se enfrentan a la muerte. La experiencia singular de Orfeo termina de manera trágica por tener que dejar a su esposa Eurídice en el reino de los muertos, mientras que la comunidad de las abejas es capaz de reconstituirse y volver a la vida a partir de los bueyes sacrificados. Por ende, son las pequeñas abejas las que tienen el poder para renacer después de haber sido extinguidas anteriormente. Este hecho maravilloso cierra las *Geórgicas* y hace de eco a la epizootia nórica, donde sucumbieron animales domesticados y salvajes, habitantes del aire y del agua de todos los tamaños. La lección poética de Virgilio es la del triunfo de la vida sobre la muerte gracias a la organización social de una comunidad.

Cuesta dimensionar cuánto ha cambiado la vida desde los tiempos de Virgilio hasta los nuestros, cuánto la vida del hombre asentado en la gran ciudad y cuánto la del campesino. La antigua Roma fue primeramente una comunidad de agricultores antes que de comerciantes ciudadanos. El espíritu restaurador de Augusto, protector del *vate*, se ve plasmado en la evocación de las *Geórgicas* al ambiente bucólico, y justamente éste — *Bucólicas* — será título de otra de las obras del poeta.

Como ya hemos dicho, a Virgilio le tocó sufrir la Guerra Civil y ver cómo los campos eran desolados y abandonados. Por lo tanto añora, al momento de la composición de las *Geórgicas*,

ver la tierra florecer y renovarse, ver resurgir la aristocracia de los pequeños terratenientes, sus instituciones y sus costumbres ancestrales (*mores maiorum*) de la mano de Mecenas y de Augusto, paradójicamente el primero de los emperadores romanos, símbolo de que la República ha muerto.

La naturaleza se renueva, busca su equilibrio, y ella y la Humanidad finalmente se reconcilian tras la peste, la tragedia y la epidemia. Y así como Roma pudo prosperar aún cinco siglos en Occidente y aún diez más en Oriente, el ser humano ha podido levantarse una y otra vez de los embates de pestes, pandemias y epizootias.

Selección de textos

Aquí [en la Nórica y las llanuras de Yapidia], por corrupción del aire se originó en otro tiempo un deplorable estado de la atmósfera, que, agravándose con toda la fuerza de los calores otoñales, entregó a la muerte toda especie de animales domésticos y salvajes y corrompió las aguas estancadas e inficionó los pastos con la peste. Ni era uno solo el camino de la muerte, sino que cuando una fiebre ardiente introducida por todas las venas había reducido los miembros a un estado lastimoso, manaba a su vez abundante pus, que disolvía todos los huesos minados progresivamente por la enfermedad.

Muchas veces, estando de pie la víctima junto al altar en medio del sacrificio de los dioses, al tiempo que la ínfula de lana ciñe su cabeza con nivea cinta, se desplomó moribunda junto a los vacilantes sacrificadores, o si el sacerdote había inmolado antes con el hierro a alguna, no arden sus entrañas puestas sobre los altares, ni el adivino consultado puede dar la respuesta y apenas si los cuchillos, puestos bajo su cuello, se tiñen de sangre y si la superficie de la arena se ennegrece con algo de materia.

También en medio de abundante hierba mueren a manadas los becerros y entregan sus dulces vidas junto a los pesebres llenos; y también se apodera la rabia de los perros cariñosos y una tos anhelante sacude a los apestados cerdos y ahoga sus fauces tumefactas.

Desfallece, sin suerte en sus esfuerzos y descuidado de la hierba, el caballo vencedor y se aparta de las fuentes y golpea sin parar la tierra con el casco; cuelgan sus orejas e igualmente se extiende sobre su piel un vago sudor, frío cuando están a punto de morir; se seca la piel y al palparla resiste dura al tacto.

Estos son los síntomas que preceden a la muerte desde los primeros días. Si, por el contrario, el mal en su proceso comienza a recrudecerse, entonces ciertamente se les inflaman los ojos y sacan la respiración de lo más hondo del pecho, agravada a veces por un gemido, y dilatan lo más hondo de los ijares con prolongado hipo; una sangre negruzca se escapa por las narices y la lengua, áspera, oprime sus obstruidas fauces. Les sirvió de alivio echarles vino puro con un cuerno como embudo; este pareció el único medio de salvar a los que morían; luego, esto mismo era su

perdición, pues, reanimados, ardían con más furia y ya en las ansias de la muerte (premien mejor los dioses a los piadosos y reserven a los enemigos delirio semejante), desgarraban ellos mismos sus miembros a pedazos con sus descarnados dientes.



Pero he aquí que resollando bajo el duro arado cae muerto el toro y arroja por la boca sangre mezclada con espuma, al tiempo que lanza los últimos gemidos. Triste, el labrador, desunciendo al otro novillo consternado por la muerte de su compañero, se marcha y deja el arado clavado a la mitad del surco. Ni las sombras de elevados bosques, ni la hierba tierna de los prados consiguen alegrarlos, ni tampoco el río, que más puro que el ámbar, rodando sobre piedras, se dirige a la llanura, sino que se les aflojan desde el hondo los costados y un estupor invade sus ojos inmóviles y su cerviz, agobiada por su peso, se inclina hacia la tierra. ¿De qué le aprovechan su trabajo y sus servicios? ¿De qué haber removido con la reja la pesada tierra? Y sin embargo, no fueron los dones másicos de Baco, ni los abundantes manjares los que les dañaron: se

apacientan de hojas y del sustento de sencillas hierbas, su bebida son las fuentes cristalinas y los ríos de rápida corriente y jamás interrumpen los cuidados sus saludables sueños. En aquel tiempo, según dicen, en vano se buscaron por aquellas comarcas novillas para el culto de Juno y uros desiguales condujeron los carros con ofrendas a los elevados templos. Por eso los labradores abren penosamente la tierra con los rastros y con sus mismas uñas entierran las simientes y a través de elevados montes arrastran con el cuello estirado los rechinantes carros.

El lobo no espía el lugar de una emboscada alrededor de las majadas, ni ronda por la noche los rebaños; un cuidado más punzante lo sujeta; los tímidos gamos y los huidizos ciervos andan ahora errantes mezclados con los perros y alrededor de sus viviendas.

Sobre el borde de la orilla arrojan ya las olas, como cuerpos de náufragos, lo que cría el mar inmenso y toda especie de seres nadadores; las focas huyen a los ríos donde viven extrañadas. Muere también la víbora, en vano defendida por sus sinuosos escondrijos, y lo mismo las hidras, a las que el espanto encrespa sus escamas. Para las mismas aves es perjudicial el aire y al caer dejan ellas la vida bajo las altas nubes.

Además, de nada sirve ya el cambiar de pastos, y los remedios que se buscan perjudican; se dieron por vencidos los maestros en el arte, Quirón, hijo de Fílira, y Melampo Amitaonio. La pálida Tisífone, escapada a la región de la luz desde las tinieblas de la Estigia, se enfurece y lleva por delante a las Enfermedades y al Temor y se engrandece levantando su cabeza de día en día más insaciable.

Los ríos y sus orillas secas y las empinadas colinas resuenan con el balido de las ovejas y los mugidos repetidos. Y ya Tisífone extiende la matanza sobre manadas de animales y en los mismos establos amontona los cadáveres descompuestos por repugnante podredumbre, hasta que se aprende a cubrirlos de tierra y a esconderlos dentro de las fosas.

Porque ni la piel tenía aplicación alguna, ni las carnes puede nadie purificarlas con el agua, ni cocerlas al fuego, ni pueden tampoco esquilarse los vellones, carcomidos por el mal y la suciedad, ni tocar las telas sin que se pulvericen, y si con todo había probado alguien estos vestidos aborrecibles, unas pústulas ardientes y un sudor inmundo se pegaba a los infestos miembros, y sin que se esperase largo tiempo el fuego sagrado devoraba el cuerpo entero contagiado.

Valparaíso, abril de 2020.